

El mulato Taguada contra don Javier de la Rosa

Los payadores son la gloria del folklore americano. Sus torneos en verso, con pies forzados y con respuestas instantáneas, eran duelos caballerescos en donde se buscaba la más alta expresión del ingenio y la viveza populares. La tradición chilena recuerda una paya de proporciones homéricas, desafío sin paralelo en el que dos hombres estuvieron ochenta horas tratando de vencerse, hasta que uno de ellos no fue capaz de seguir y, apabullado por la amargura y la vergüenza, tomó el camino de la muerte.

Lugar y fecha del encuentro: según Encina, Curicó a fines del siglo XVIII; según Acevedo Hernández (y lo confirman los versos), San Vicente de Tagua -Tagua hacia 1830. Contendores: el mulato Taguada, maulino, apodado El Invencible; y don Javier de la Rosa, caballero latifundista de Copequén, as del guitarrón, filósofo y astrónomo y cantor jamás aventajado.

¡Ochenta horas dando y recibiendo! Ni antes ni después hubo algo parecido. Los investigadores han agotado sus rebuscas sin hallar más que unos cuantos fragmentos de esa pugna titánica, cuyo texto completo habría llenado un volumen. Las propias circunstancias en que ella se produjo no aparecen del todo averiguadas. ¿Se encontraba don Javier y el mulato por obra del azar, o se buscaban con afán de medirse? En la versión de Acevedo Hernández se afirma que había de por medio una mujer, la prometida de Taguada, a la cual cortejaba el caballero y cuyo amor esperaba conquistar si vencía a su amante. Lo que se sabe de cierto es que la muchacha asistió a la paya, como una moderna heroína de película, porque estaba allí al ocurrir el desenlace y su actitud ha quedado como espejo del alma de la mujer nativa.

Unas carreras de caballos, con motivo de la fiesta de San Juan, habían hecho congregarse a la gente de la vecindad. A la ramada de un tal Arancibia, bolichero del lugar, llegó don Javier de la Rosa a beberse una chicha. Montaba un alazán de cola larga, un sombrero, un poncho blanco y unas espuelas nazarenas de plata que eran una provocación. Pero había más: traía consigo su guitarrón célebre, el cual, según la fama «hablaba». Con él venía un séquito como los que siguen a los toreros: amigos adulones que remolían a expensas de su generosidad rumbosa.

Su aparición ha debido causar revuelo, porque allí cerca, en otra chingana, estaba el mulato del Maule con su novia y sus admiradores. ¡Por fin se iban a ver las caras los más grandes improvisadores nacidos bajo estos cielos!

Taguada era chico, no muy joven, hijo de india y español, y cantaba para vivir. Aquel día no tenía deseos de lucirse, pero dicen que al tener noticia de la llegada de don Javier, y de su propósito de enfrentarlo, se reanimó como por milagro y exclamó:

-¡Agora mesmo!

Hiciéronle ver que nadie hasta entonces le había cortado el ala al sombrero de don Javier.

-Mesmamente a mí -contestó el mulato-; naide me la ha cortado entuavía.

Era costumbre que el payador triunfante tijereteara el sombrero del vencido. Humillación atroz que dejaba a quien la sufría condenado para siempre a las burlas. Y los payadores eran seres inflados de vanidad y orgullo...

Tomó Taguada su instrumento y se acercó a la ramada vecina. Formose un corro de mirones anhelantes y bebidos. Viendo allí a su rival, don Javier de la Rosa cogió su guitarrón divino y le mandó estos versitos de saludo:

-¿Quién es ese payador
que paya tan a lo obscuro?
Tráiganmelo para acá
y lo pondré en lugar seguro.

Antes de que un segundo hubiera transcurrido, Taguada respondía:

-Y ese payaor, ¿quién es,
que paya tan desde lejos?
Si se allega pa'acá
le plantaré el aparejo.

Estallaron aplausos y gritos. Y empezaron a cruzarse las apuestas. ¡Voy al mulato! ¡Voy a su mercé!

Habían designado juez a don Hermenejildo Castillo, alias don Merejo, boyero de las carretas de Santiago a Valparaíso. Ordenó a Taguada iniciar el contrapunto. Éste bordoneó sus cuerdas y comenzó:

-Señor poeta abajino
ya podimos prencipiar;
afírmese en los estribos
qu'el pingo lo va a voltiar.

Rasgueando su guitarrón, le contestó don Javier con donaire:

D. JAVIER:

En nombre de Dios comienzo,
de mi padre San Benito;
hágote la cruz, Taguada,
por si fueras maldito:
De este inocente Taguada
la pregunta me da risa...
Quiébrala y échala al fuego;
florecerá la ceniza.

TAGUADA:

Señor poeta abajino.
con su santa teología,
dígame ¿cuál ave vuela
y le da leche a sus crías?

D. JAVIER:

Si fueras a Copequén, allá en mi casa verías
cómo tienen los mucílagos
un puesto de lechería.

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
por lo redondo de un cerro,
ahora me ha de decir
cuántos pelos tiene un perro.

D. JAVIER:

Había de saber, Taguada,
por lo derecho de un huao,
si no se le quéido ni uno
tendrá los que Dios le puso...

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
viniendo del Bido-Bido,
dígame si acaso sabe

cuántas pieiras tiene el rido.

D. JAVIER:

A vos, mulato Taguada,
la respuesta te daré:
pónemelas en hilera
y entonces las contaré...

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
usté que sabe de letras
agora me ha de decir
si la pava tiene tetas.

D. JAVIER:

Te doy, mulato Taguada,
la respuesta de un bendito:
si la pava las tuviera
le mamaran los pavitos,
pero como no las tiene
los mantiene con triguito.

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
usté que sabe de asuntos,
diga qué remedio habrá
pa levantar los difuntos.

D. JAVIER:

Oye, mulato Taguada,
la respuesta va ligera:
métele el dedo en... la boca
y sale el difunto a carreras...

La brillantez de las respuestas del caballero iba desesperando a su adversario a la par que hacia volverse en su favor a la versátil concurrencia. Los gritos parecían anunciar su victoria: ¡Don Javier! ¡Don Javier!

Lo del dedo en... la boca del difunto sacó a Taguada de sus casillas y provocó el enojo de sus parciales. Juzgaron que aquello era una quiebra indigna de un payador de categoría. El juez intervino para amonestar al infractor:

-Su mercé ha estado todo el tiempo tratando de burlarse de Taguá. Debe darse cuenta que no es pión de su hacienda.

-Son travesuras -contestó De la Rosa-. Me portaré como es debido; pero advierto que si me siguen preguntando tonterías, no sé adónde vamos a parar...

-Cada uno preúnta lo que puee -dijo el mulato en estado febril.

Se concedió un descanso y los cantores y los oyentes pasaron a almorzar a las ramadas. Nada apasionaba tanto a los huasos de entonces como una paya entre puertas de alto vuelo. Nadie volvió a hablar de las carreras de caballos; no hubo tales carreras. La paya se reanudó en la tarde y siguió hasta la puesta del sol; y volvió a continuarse al día siguiente:

«El auditorio - dice Acevedo Hernández- comprendía que estaban frente a frente dos fuerzas inmensas.

Ni una ni otra cedía; y a medida que pasaban las horas, parecía que se iban agigantando. Toda actividad cesó en el pueblo, y los ecos de la batalla inaudita hacían acudir a las gentes de los contornos. Don Javier de la Rosa y el mulato Taguada payaban ahora cercados por una multitud estupefacta. Ya nadie aplaudía ni reía: estaban presenciando un drama.

Al cuarto o quinto día, una cosa estaba en claro: que don Javier tenía una respuesta para cada pregunta. En otras palabras: que a la defensiva era imbatible. Entonces, deseoso de terminar, resolvió pasar al ataque. Y éste fue el comienzo de la derrota del maulino.

D. JAVIER:

Me contestarás, mulato,
y aquí darás a saber,
cuáles son los cuatro hermanos,
tres hombres y una mujer.

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
lo hago salir de la porfía,
son el sur, el puelche, el norte,
la mujer es la travesía.

D. JAVIER:

Contrario, tengo cien pesos,
terneros voy a comprar;

pagándolos a tres pesos,
Taguada, ¿cuántos serán?

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
le contesto sin tropiezo,
treinta y tres terneros paga
y queda sobrando un peso.

D. JAVIER:

No te demores, Taguada,
Adán y Eva se vieron
desnudos y avergonzados;
¿con qué tela se cubrieron?

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
no hallando piel de animales,
de las hojas de la higuera
hicieron sus delantales.

D. JAVIER:

Habís de saber, Taguada,
yo quiero saber también:
decidme por qué motivo
pica el gallo la sartén.

TAGUADA:

Mi don Javier de la Rosa,
si necesita saberlo:
el gallo al sartén lo pica
porque no puede lamerlo...

Nunca lamentaremos bastante el que sólo haya quedado el fragmento final de esta «largada al agua», como el propio De la Rosa la llamó. Lo que hoy conocemos es virtualmente la caída del telón:

D. JAVIER:

Taguada, yo te saludo
antes de largarte al agua,
y que sepa Tagua -Tagua-
que a bueno te ganaré.

TAGUADA:

No se gaste tanta prosa;
usté lo sabe muy bien,
me ha pegao con sus libros
que hablan de ajeno saber.

D. JAVIER:

Dime, si te hayas en vena,
qué dice la Teología
sobre las almas en pena
y sobre las jerarquías.

TAGUADA:

Almas en pena no existen;
alma en pena, digo yo,
es la que se encuentra triste
porque la mata un amor.

D. JAVIER:

Has contestado muy bien,
pero sábelo Taguada,
Dios dispone de las almas.

TAGUADA:

Que Dios dispone yo lo sé.

D. JAVIER:

Dime qué hay en el Oriente,
en tierras que el Ganges riega
con sus inmensas corrientes...

TAGUADA:

A mí no me la pega;
usté sabe, don Javier,
que yo el Oriente no he visto.
Preúnte cosas de ayer
y no se dé tanto pisto.

D. JAVIER:

Que confieses tu ignorancia
estoy esperando yo...
¿Hasta cuándo te pregunto?
Deja el campo o me iré yo.

TAGUADA:

No me preúnte leseras
que yo no pueo saber;
idígaselas a su madre,
que yo no lo aguantaré!

D. JAVIER:

Ya te pasaste Taguada,
hablaste una herejía;
ihiciste ca... en tu madre
y carambola en tu tía!

Aquí terminó la paya. El juez don Merejo amonestó a Taguada por su salida procaz. El mulato, fuera de sí, agotado, no supo ya qué decir, e hizo ademán de agredir al vencedor. Prodújose un tumulto de empujones y de gritos. La concurrencia aclamaba a don Javier de la Rosa, primer payador chileno de todos los tiempos.

-Doy por ganador a su mercé -dijo don Merejo.

-No te ganó él, te ganaron sus libros -le dijo a Taguada su novia.

-¡Que no me hable naide! -gritaba el mulato- ¡Que naide me dé la sal ni el agua, que Dios mesmo me quite la luz! ¡Estoy deshonrao y sobro en este mundo!

-¡Viva Taguá! -gritó un alma caritativa.

Nadie le hizo caso.

-Dame tu sombrero, mulato -le ordenó don Javier.

Con unas tijeras le cortó el ala y se lo plantó en la cabeza en señal de inolvidable afrenta.

En medio de un silencio trágico, Taguada se alejó, dejando la guitarra abandonada, y partió a caballo como quien va huyendo.

No iba solo: llevaba al anca a la mujer que, pese a todo, deseaba unir su vida a la suya.

Galoparon hasta que se hizo de noche. De pronto el infeliz se detuvo y se apeó del caballo para ir a sentarse en una piedra a la orilla del camino. La muchacha se quedó a unos pasos de distancia, sin atreverse a importunarlo. Doblado en dos, con su sombrero convertido en bonete de ignominia, el hombre parecía meditar bajo las estrellas.

Pasó un largo rato. Creyendo que dormía, la niña fue a echarse a su lado y cogió sus manos, que quiso besar... Entonces supo que nunca más, en el mundo, volverían a oír la voz del mulato Taguada.

Bala en Boca, Enrique Bunster

http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/08143951955769828610046/p0000002.htm#I_15_